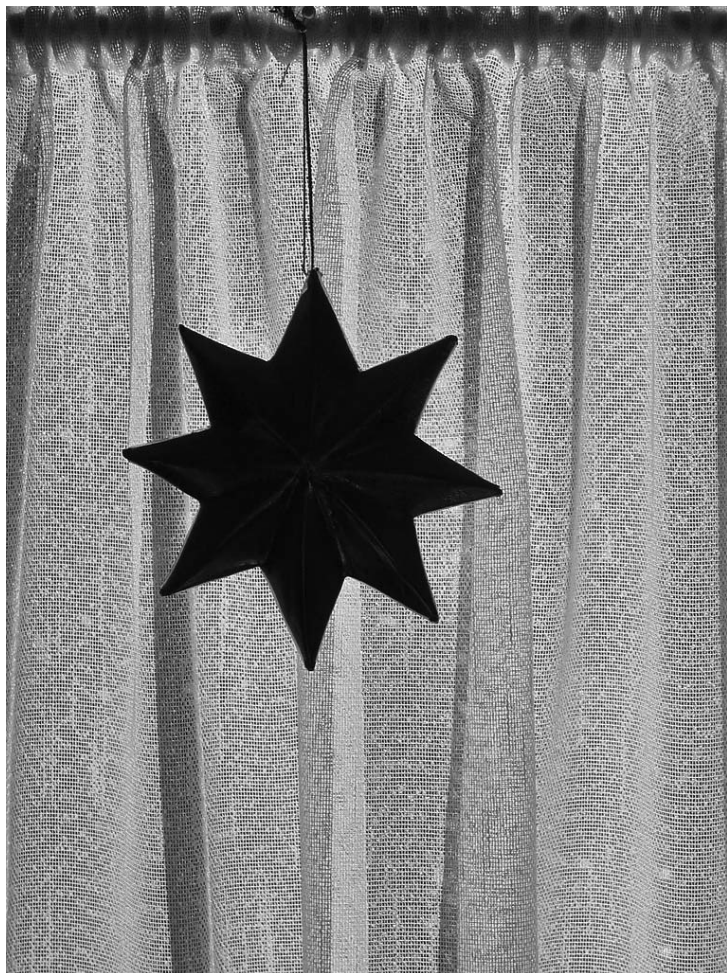


RETIRO DEL MES



**La vida consagrada,
signo cualificado
de alegría y esperanza**

LA VIDA CONSAGRADA, SIGNO CUALIFICADO DE ALEGRÍA Y ESPERANZA

Card. Eduardo F. Pironio (†)

Cerramos los retiros de este año con una bella reflexión sobre la vida consagrada y su relación con la alegría y la esperanza. En ellas se insinúa el pensar y el querer de Dios Padre: "No os he hecho para la tristeza, sino para la alegría, para la vida, para la esperanza". Animándonos, el autor sugiere que en nuestras comunidades falta alegría. ¿Dónde buscarla? ¿Cómo cultivarla?

Comencemos este retiro acercándonos a un texto en el que S. Pablo describe cómo tiene que ser una comunidad. Leamos I Tes 5, 12-24. Se trata de exhortaciones escritas en un fuerte contexto de esperanza, desde la certeza de la cercanía del Señor: hay que estar atentos, que velar, porque el Señor viene. No sabemos el día -nadie lo sabe-; hemos de vivir entre tanto en profundidad de amor.

Un deseo, una certeza, una exhortación

Que el Dios de la paz os santifique plenamente a fin de que todo vuestro ser, alma, cuerpo y espíritu, sea encontrado irrepachable en la venida del Señor.

Un deseo

Esa santidad está íntimamente conectada con el Dios de la Paz, no con un Dios de angustia, de miedo o de tristeza. Cuanto más penetra Dios en nuestra vida y nos va cambiando por el Espíritu haciéndonos vivir en la intensidad del amor, más experimentamos una paz inquebrantable que sólo pueden tener las almas que viven clavadas en Dios.

Pero el deseo de Pablo dice algo más todavía: *Santificaos*. Pablo sabe que hay mucha debilidad en la naturaleza herida por el pecado. Por tanto, lo que hay que hacer es abrir de par en par el corazón para que el Espíritu penetre, cambie, recree y nos lleve a la perfección del amor. Pablo dice: *Que os santifique enteramente*, es decir, que la santidad abarque la totalidad de vuestro ser.

La santidad es algo que tiene que reflejarse hasta en la serenidad y luminosidad de nuestro cuerpo. Pablo dice: que todo tu ser sea santificado para que haya serenidad, equilibrio, en todo nuestro ser; lo cual no evita que haya momentos de fuerte tensión que nos hacen llorar. Pero el Dios de la paz nos vuelve a la serenidad total.

Que seáis irreprochables cuando el Señor vuelva. Que Él vaya haciendo el trabajo de santificación en vuestro interior, que vaya consumando la obra que tiene comenzada. Que os encuentre pobres, pero con un corazón arrepenido; que os encuentre débiles, pero con un corazón entregado.

Una certeza

Además, Pablo comunica una certeza: *El Dios que os ha llamado es fiel y él lo hace*. Celebra la fidelidad de Dios. Meditamos con frecuencia en la

bondad, en el amor del Padre; pensemos en la esencia de Dios, que es la fidelidad; pensemos en nuestra propia infidelidad.

Dios se encarna en nosotros para hacer una alianza irrompible. Esa alianza que quiso realizar cuando entró en nuestra vida y nos dijo: “Ven y sígueme. Quiero hacer de ti un testigo privilegiado de la Pascua, un testigo privilegiado del amor”.

Caminamos con seguridad sabiendo que, aunque el camino sea espinoso y difícil, aunque las tormentas abunden, el Señor está allí. Aunque parezca por momentos dormido, se despertará y mandará que el mar y el viento cesen. Él, a pesar de nuestra infidelidad, nunca rompe su fidelidad.

Hay un texto hermosísimo: *Si con Él morimos, viviremos con Él* (2 Tm 2, 11). Es

cierto: si hemos muerto con Él, viviremos con Él; si nos mantenemos firmes, reinaremos con Él; si le negamos, Él también nos negará; si somos infieles, ¿Él también? ¡No! Si somos infieles, Él permanecerá fiel, porque no puede negarse a sí mismo. No puede negar su identidad, y la identidad de Dios es la fidelidad. De ahí 1 Tes 2, 11: *El que os ha llamado es fiel y él lo hará*.

Él nos ha llamado a la vida consagrada y a este retiro. Él nos ha hablado y pedido cosas. Es Él quien nos ha comprometido, y Él es fiel; no tengamos miedo.

Una exhortación

San Pablo exhorta a vivir en la plenitud del amor, a crear una auténtica comunidad de amor fraterno. Y va describiendo las características de esta comunidad. Es una comunidad que tiene mucha consideración a los que la presiden, a los que gobiernan. Es el sentido del

amor hecho obediencia. No la obediencia como destrucción, sino como comunión con la voluntad del Padre, como gozo en una fraternidad auténtica. Si no hay principio de comunión, la comunión no puede realizarse.

La autoridad es concebida siempre, en nombre del Espíritu del amor, como aquel o aquella que hacen la comunión introduciendo a todas las personas en la voluntad del Padre. Por eso Pablo dirá: *Os pedimos que tengáis consideración a los que os presiden en el Señor, os amonestan, os corrigen*.

El amor hecho autoridad y el amor hecho obediencia. Una comunidad no puede existir sin que haya alguien que, en nombre del Dios que es amor, presida por amor y sirva generosamente en el amor a sus hermanos.

¡Atención!
Puede haber
comunidades en
las que no hay
problemas pero
tampoco hay
amor

Después, Pablo habla del amor hecho relación fraterna, comunitaria: *Vivid en paz unos con otros*. Dirá en otra carta: *En cuanto dependa de vosotros, vivid siempre en paz*. Porque hay veces que la paz depende de otros y veces que el Señor permite que se quiebre la concordia transitoria para que se produzca la paz verdadera; permite que haya conflictos entre personas, no para que se ahonde abismalmente la separación, sino para que, tomando conciencia de la miseria y pequeñez propias y de la grandeza de la comunión, un bello salto supere esos conflictos y se haga paz duradera.

Puede haber comunidades en las que no hay problemas, pero en las que tampoco existe amor; no se irradia la alegría y sencillez de una comunidad verdadera.

Comunidades en las que, por ejemplo, cada uno hace 'su' tarea y se coexiste bajo un mismo techo, se asiste a la eucaristía en un mismo oratorio, pero sin comunión; no hay problemas, pero tampoco existe el amor.

El amor del Señor se hace ayuda, sobre todo para los más débiles, para aquellos que necesitan corrección: *Os exhortamos a que amonestéis a los que viven desconcertados*. ¡Qué poco realizamos esta tarea de amor! Nos hace falta abrirnos a nuestros hermanos, acercarnos a los desconcertados.

No nos convirtamos en acusadores de nuestros hermanos, no queramos ser sus predicadores o profetas, pero sí sus servidores. Tenemos que ser muy leales, muy sinceros y tratar de animar a los débiles, de darles coraje, de infundirles alegría y esperanza. También de corregir a los desconcertados, hablándoles con confianza y

sinceridad. Entonces habrá alegría entre nosotros.

El amor se hace perdón: *Que nadie devuelva mal por mal, antes bien, procurad el bien mutuo y entre todos*. El amor se hace y expresa en alegría: *Estad siempre alegres*. El amor hunde sus raíces en la oración: *Orad constantemente*. El que reza bien siempre está alegre. Quien vive en la sinceridad del amor, como el fruto del amor es la alegría, está siempre alegre aun cuando la cruz esté clavada en su vida.

En todo dar gracias.

Que nuestra vida sea un *magnificat*: gracias al Padre. Una forma de amor es la gratitud. Una comunidad que vive en el amor es una comunidad siempre agradecida, agradecida al Señor y a las pequeñas cosas de las demás personas que componen la comuni-

dad.

No extingáis el Espíritu, no despreciéis la profecía. Otra forma de amor: el respeto al Espíritu que vive en las demás personas, que vive en nosotros también.

Alegres en la esperanza

Es la exigencia que el Resucitado nos está pidiendo en el mundo de hoy, en la forma concreta de evangelizarlo. Un mundo deshecho que tiene que ser rehecho en la alegría del amor; un mundo estancado, pesimista, que ha de ser reestablecido en la seguridad creativa de la esperanza.

¿Cuál es nuestra misión específica hoy en la Iglesia? Expresar la Iglesia de la Pascua, comunicar la alegría, engendrar la esperanza, gritar al mundo: ¡Sí, Cristo resucitó abriendo un camino de resurrección para nosotros! Ser alegres en la esperanza. Pero sabiendo que esto no es huma-

Dejémonos invadir por el Espíritu de la Pascua para ser felices y contagiar esa alegría

namente posible siempre, porque hay situaciones en las que nos sentimos despezaados, deshechos, cansados. Humanamente no siempre es mañana de resurrección para nosotros; hay muchas tardes de crucifixión, de viernes santo, tal vez la mayor parte. Sin embargo, tenemos que dejarnos invadir por el Espíritu de la Pascua para ser felices, para contagiar a los demás esta felicidad.

¡La alegría en la Iglesia! ¡Cómo hemos perdido este sentido! Se ha apagado la alegría en nuestra Iglesia. Pablo decía: *Estad alegres, pues el Señor viene, porque el Señor ya vino, porque el Señor ya está presente.*

¿Por qué hemos perdido la alegría?

Puede haber motivos de tristeza en nosotros. Nos hemos estado mirando demasiado a nosotros mismos, sin mirar a Cristo que es la luz y por tanto la alegría y la esperanza. Entonces, todo es tiniebla, tristeza y desaliento. Hemos mirado parcialmente a Cristo. No hemos vivido al Cristo de las Bienaventuranzas que nos llama a la felicidad, a la alegría.

Yo no os he hecho para la tristeza, sino para la alegría; no os he hecho para la muerte, sino para la vida; no os he hecho para el cansancio y la desesperación, sino para la esperanza.

Felices los pobres, felices los misericordiosos. ¿Acaso la vida consagrada no es la realización concreta en el tiempo, hoy, de las bienaventuranzas? Y las bienaventuranzas, ¿no son un grito de alegría a un mundo cansado, envejecido? ¿Por qué no vivimos a fondo nuestra consagración y contagiamos de alegría y esperanza a nuestros hermanos?

Hemos perdido la alegría porque hemos perdido la profundidad interior, la serenidad que nos da la contemplación en la visión del mundo, de las cosas y de los acontecimientos de la historia.

La hemos perdido porque hemos perdido el sentido de la cruz. Hace falta que venga el Peregrino de Emaús y nos diga: “Testarudos, ¿no habéis entendido que por ahí tiene que pasar el Cristo para poder llegar a la gloria? ¿No sabes que está ahí precisamente el secreto de tu felicidad?”.

Hemos perdido la alegría porque nos hemos quedado a mitad de camino. Quisimos arrancarnos del mundo, de las cosas, para vivir sólo en seguimiento de Cristo y nos hemos cansado, como Elías, y nos hemos tirado diciendo: ¡Señor, no puedo más! No hemos seguido hasta el monte. No hemos “alcanzado” todavía a Cristo; no vivimos con autenticidad nuestra pobreza, castidad y obediencia.

Por un lado, hemos dejado cosas, personas, hemos intentado dejarnos a nosotros mismos; por otro, como no nos hemos desprendido radicalmente de nosotros mismos en la autenticidad de la pobreza, la obediencia y la castidad, tampoco vivimos la alegría de la consagración y arrastramos la fidelidad que hemos prometido.

Está bien que ofrezcamos un rostro sereno, serio, contemplativo, pero no aburrido. El Señor nos pide que transmitamos el gozo de la consagración a los demás.

La alegría verdadera, la que no se pierde, es serena, contagiosa y hace bien a los demás nace de la oración y de la cruz. ¿Por qué no estamos siempre serenos, alegres, gozosos y contagiamos a los de-

Perdemos la alegría al perder el sentido de la cruz, secreto de nuestra felicidad

más? ¿Por qué, si somos testigos de la Pascua, aun cuando nos haya caído encima la cruz más grande? ¿Por qué no seguir gritando al mundo la esperanza de la resurrección, el gozo de su presencia? Tenemos ese compromiso, por nuestra vocación, con aquellos a los que el Señor eligió por amor y quiere hacer signo de la alegría y testigos de la esperanza.

Los motivos de nuestra alegría

¿Cuáles son para nosotros, los religiosos? El Señor viene. Es la alegría de la esperanza, la del peregrino que sabe que va llegando a la casa de Dios: *¡Qué alegría cuando me dijeron...!* Vamos caminando hacia la Casa del Padre donde será el reposo definitivo: la comunión con el Padre, el Hijo y el Espíritu; el encuentro definitivo con nuestros hermanos, con nuestra familia, con los seres queridos que hemos perdido en la tierra. Vamos caminando; por eso es la alegría de la esperanza.

Porque vamos caminando, se va iluminando un poco la provisoriedad noche que Dios quiere para nuestra vida. ¡Cuanta oscuridad! ¡Cuánta noche! Porque vamos caminando hacia el Señor, que viene, se acabarán también las cruces, los sufrimientos. Como diría San Pablo: *No tienen nada que ver los sufrimientos de este tiempo con las alegrías que el Señor nos tiene reservadas.* Es la alegría de la esperanza. Porque estamos ya llegando al final, sentimos que esa alegría se hace cada vez más profunda, ya que el Señor está mucho más cerca.

Después será la alegría del Reino ya llegado, del Cristo ya presente, de su resurrección ya realizada y siempre operante la alegría de saber que el Señor está con

nosotros. La alegría de la fe, del amor, de la fidelidad del Dios siempre inquebrantablemente fiel. La alegría de nuestro amor como respuesta, de la comunión fraterna, de un Dios que es amor, *Padre de misericordia y Dios de todo consuelo.*

Testigos de la alegría y de la esperanza

Nuestra religión no es una religión del temor, sino del espíritu de adopción por el cual gritamos: ¡Padre! El amor echa fuera el temor. No habéis recibido una serie de leyes que os impiden caminar; sino una ley que os libera. Esta ley se resume así: *Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu espíritu y al prójimo como a ti mismo.* Has recibido la ley del amor que se te ha dado en el bautismo. Vive, pues, en la alegría del amor, de la esperanza. Pero todo esto, ¿cómo cobra sentido en nuestra vida consagrada?

Nuestra vida consagrada es testimonio de esperanza cierta. Estamos testificando el Reino definitivo. Estamos diciendo a los demás: no os preocupéis demasiado por fabricar ciudades terrenas, porque no tenemos aquí ciudad permanente, sino que vamos en busca de la futura. Estamos diciendo: “Vigilad y orad,

que el Señor llega. ¡Tened las lámparas encendidas!”.

Nuestra fidelidad es una exigencia de la fe bautismal y, por tanto, también de nuestra alegría bautismal. “Señor, quiero entregarme a ti con todo el alma: he optado por ti”. La alegría de nuestra fidelidad en la vida consagrada es la alegría de nuestro amor. Un amor hecho consagración definitiva al Señor en seguimiento ra-

Para los
consagrados, la
alegría es alegría
de la esperanza,
del peregrino que
va llegando

dical. Un amor hecho servicio generoso e ininterrumpido a nuestros hermanos.

¿Qué tenemos que contar a los demás? Lo que hemos visto y oído. Como la Magdalena. Hemos encontrado al Señor, lo hemos sentido por dentro. Ahora quisiéramos seguir aquí, asidos a sus pies, pero Él nos dice: No os quedéis aquí, volved a vuestras comunidades, a los barrios, al mundo, y decid: *He visto al Señor y me ha dicho tales cosas...* ¡Es cierto, Cristo ha resucitado y se nos ha aparecido!

Peregrinos, alegres en esperanza

¿Qué significa vivir en la esperanza? Significa caminar constantemente hacia el Señor. La esperanza es el camino, no

podemos instalarnos en este mundo. Tenemos que descubrir la belleza de la creación, de la historia, el bien de los hombres y cantar el *magnificat* por tantas cosas buenas. Pero no podemos quedar aprisionados por la creación. La esperanza es camino: no nos instalemos, no nos desanimemos. Estamos de camino.

La Iglesia de la esperanza es la Iglesia de la peregrinación: no nos escandalicemos si encontramos limitaciones, debilidades y aun el pecado en la Iglesia. La Iglesia tiene que ser purificada y constantemente renovada por el Espíritu. Es una Iglesia que va haciéndose; por eso no nos escandalicemos ante sus debilidades y pecados; somos la Iglesia de la peregrinación. La Iglesia no está hecha del todo y la tenemos que ir haciendo cada día.

Compartiendo la esperanza

¿Qué más significa vivir en esperanza? El camino es duro cuando es largo, difícil y vamos solos. Pero vamos en comuni-

dad: somos un pueblo que camina; por eso no tenemos miedo. La esperanza necesita de la comunión.

Uno solo sería incapaz de esperar. La comunión con el Cristo pascual que vive en nosotros, es también comunión con nuestros hermanos. Dos historias de la Escritura ilustran este camino de esperanza.

Una mirada al Antiguo Testamento

Elías es un profeta de la esperanza; pero sufre una gran tentación de desaliento. Perseguido por Jezabel, escapa al desierto. Ha empezado la tarea solo, y éste es el riesgo de la esperanza. Empieza a caminar, no puede más, el sol le que-

ma y debajo de una retama dice: “¡Señor, basta, no puedo seguir más, no quiero seguir viviendo!”. Sus palabras son la expresión del desaliento.

¿Cuántas veces pudo habernos ocurrido también a nosotros esto! ¡Ya no aguanto más en esta casa; ya no aguanto más en la congregación; no soporto más lo que está pasando en la Iglesia! ¡Señor, quiero morirme! Se trata de una tentación de desaliento, de una crisis de esperanza.

¿Qué le pasó a Elías? Que se durmió. ¡Ojalá pudiéramos nosotros dormirnos con más frecuencia! Entonces el Espíritu obraría con más intensidad. Elías se durmió y el ángel le dijo: *Despiértate, levántate y come*. Se levantó y vio una torta preparada y un jarro de agua. Bebió y comió, pero estaba tan desalentado que se volvió a dormir. El ángel le despertó de nuevo y le dijo: *Levántate y come, que tu camino es largo*.

¿Qué bueno es encontrar a alguien que cuando nos sintamos desalentados se

**¡Cristo ha resucitado y se nos ha aparecido!
¡Narremos lo que hemos visto y oído!**

acerque y nos diga: *levántate y come que aún te queda mucho camino!* ¡Qué bueno es encontrar a una persona amiga, que nos comunique la esperanza! ¡Qué bueno si nos convertimos para el mundo en este ángel que dice a los cansados, pesimistas, desilusionados, a los jóvenes sobre todo: “Ánimo, tened coraje, adelante, que aún queda mucho por hacer”!

Una mirada al Nuevo

El otro episodio es el de Jesús y los discípulos de Emaús (cf. Lc 24). Nos hace comprender que la esperanza es camino y comunión. Es camino en los discípulos que marchan desalentados y tristes hacia Emaús. También es comunión: Jesús, que advierte su tristeza y desesperanza, se acerca y se pone a su lado, entra en su vida. Jesús interpreta la cruz desde la Palabra, interpreta su desaliento, y les parte el pan. Son los tres gestos de Jesús.

Se acerca a ellos: “¿de qué estáis hablando?” Es una forma de introducirse y hacer suyo su dolor. Es nuestro gesto -el de acompañante- para nuestros hermanos. Acercarnos y decirles: ¿Qué os pasa?

Nos hallamos ante un hermano que está demasiado serio, preocupado, triste, mordido por el desaliento: “No estás co-

mo antes, ¿qué te pasa?” Sin querer penetrar demasiado, por lo menos le hacemos sentir con nuestra compañía que entendemos su dolor y queremos compartirlo.

Segunda actitud de Jesús: interpretar desde la Palabra. *Empezó a explicarles desde Moisés, todas las Escrituras...* Es otro gesto de esperanza: descifrar el sentido de la cruz para convertirlo en sabiduría para los hombres. Pero para eso tenemos que ser los primeros en descubrir que no hay esperanza sin cruz y que la esperanza verdadera nace el Viernes Santo.

Tercer gesto: Jesús parte el pan. ¿Qué significa? Es el gesto de la donación, de la entrega. Los discípulos reconocieron a Jesús al partir el pan. Entonces se sintieron reanimados en la esperanza porque Jesús estaba allí, y salieron a gritar la esperanza a los hermanos.

No se quedan con la esperanza para sí, vuelven esa misma noche al cenáculo donde han quedado los otros discípulos. Apenas entran, los que allí están les dicen: *Es verdad, el Señor resucitó y se ha aparecido a Simón.* Ellos, a su vez, dice el Evangelio, les contaron cómo le habían conocido al partir el pan. Fue el encuentro gozoso de dos esperanzas que habían muerto.

PARA ORAR

Señor, Tú eres nuestra esperanza, Tú eres el que has venido a transmitirnos la alegría de la salvación, de la llegada del Reino.

Señor, quiero pedirte que infundas en mí esta alegría y esta esperanza en este retiro. Gracias por todo lo que has hablado del Padre. Gracias por haberme hecho entender la sabiduría y el poder de la cruz. Gracias por haberme hecho gustar el sentido de mi consagración religiosa.

Quiero vivir alegre. Quiero contagiar la alegría. Quiero vivir en esperanza, ser profeta de la esperanza.

Señor, por María, causa de nuestra alegría y madre de la santa esperanza, afirmamos en el gozo de la esperanza. Ayúdanos a comunicar siempre alegría. Haznos profetas de la esperanza.